



# «Me he convertido en un viejete sensiblero»

**José María Pou**  
Actor y director



LUIS GÓMEZ  
lgomez@elcorreo.com

El prestigioso artista piensa ya en la retirada y confiesa su aversión a la clase política «aún activa». Los mediocres siempre hacen daño», reprocha

**BILBAO.** José María Pou regresa al Teatro Arriaga, donde actúa hasta el sábado, con 'Sócrates. Juicio y muerte de un ciudadano', montaje que arrasa allá donde recala.

– Decía Sócrates aquello de 'Solo sé que no sé nada'. ¿Qué sabe Pou a estas alturas de la vida?

– ¡Uy! Quizá no fuera tan radical como Sócrates, que, por cierto, aprovecho para decir que nunca pronuncié esa frase, o no de esa manera. Yo casi podría decir lo mismo.

– ¿Sigue temiendo no estar a la altura para 'sus' espectadores?

– ¡Siempre! Sé que debo quitármelo de encima, porque uno debe poder fallar y equivocarse en algún momento, pero tengo auténtico terror a defraudar las expectativas.

– ¿Le fastidia que le examinen a diario?

– No. Salgo cada día buscar la matrícula de honor.

– ¿Qué tiene para gustar tanto?

– He convertido mi oficio en mi vida. Hasta soñando estoy ejerciendo mi profesión. No quisiera parecer un mártir, pero me dejo la vida en escena. Tampoco creo que guste a todo el mundo. Me han llegado comentarios de gente que cree que soy un pedante, un vanidoso...

– ¿Tienen razón?

– Ja, ja. No lo creo. De todas maneras, debo decirle que en este oficio un poco de vanidad es necesaria. Salir a exhibirte delante de los demás un día, y otro, y otro, requiere un mínimo de vanidad.

– Cumple 70 años, los mismos a los que murió Sócrates.

– Exacto. Estrené la función con 70, ahora tengo ya 71.

– ¿Coincide en que es mejor sufrir la injusticia que cometerla?

– Siempre. Es algo que me inculcaron mis padres desde pequeño. 'Procura ir por la vida sin hacerle daño nunca a nadie', me repetían. Prefiero ser víctima de una injusticia a cometerla. Lo más terrible de todo es que hay una enorme cantidad de gente que es víctima de grandes injusticias sin llegar a saberlo.

– El filósofo aceptó la condena de beber cicuta por defender su ideal democrático. ¿Pou moriría igual?

– ¡Nooo! Yo no tengo vocación de mártir. Si con mi muerte se salvara la sociedad, pues lo siento mucho,



José María Pou vuelve al Arriaga de la mano del director Mario Gas. :: TELEPRESS

pero que no se salve. No moriría de ninguna manera en beneficio del resto. Amo la vida y no llego a esos niveles. Y si me llama egoísta, llámemelo, pero no tengo ese espíritu de sacrificio como para convertirme en redentor de los demás. ¡En absoluto! ¡Y de ninguna causa! No hay ni una sola causa por la que merezca la pena morir.

– Empieza a preparar la despedida de los escenarios. Por primera vez piensa en la jubilación.

– Nunca fui consciente de cumplir 65 años. Ni 66, 67, 68, 69... Y un día, de repente, dije 'coño tengo 70 y hace cinco que podría estar jubilado y disfrutando de la vida'. Fue el primer pensamiento, pero luego reparé '¿disfrutando de la vida?' Si yo como disfruto es trabajando.

– No disocia el oficio de la vida.

– Nunca. Toda mi vida viene marcada por el hecho de ser actor.

– En el teatro hay segundas oportunidades, pero no en la vida.

– Ya, ya. Pero hasta ahora no he necesitado ninguna segunda oportunidad. Llega un momento... En la edad en la que estoy ahora, y atención que no es nada grave, pero mi vida profesional me está ya molestando un poco. La personal está entrando en conflicto, por primera vez, con el oficio. Tampoco hay que dramatizar y las cosas hay que hablarlas con la mayor normalidad.

– Hable lo que quiera.

– Cuando se cumplen 70 años, uno, por tonto que sea, y yo no lo soy, es consciente de que le queda mucho menos de lo que ya tiene vivido. Cruzo los dedos, pero con el mejor de los pronósticos a uno le quedan...

## La condena de los espectadores

La asistencia al montaje de Mario Gas garantiza que el público sale «pensando y removido» de la función por lo que ve, escucha y hace. Con un original recurso, Pou y compañía promueven un espectáculo «casi didáctico desde la primera frase» e involucran al público. Mediante una maquiavélica piraeta convierten el patio de espectadores en la misma asamblea del pueblo que hace 2.400 años condenó a Sócrates, un filósofo que molestaba al poder por tocar un tema tan de actualidad hoy: la corrupción.

A ver, voy a ser optimista, ¿15 años de vida plena? A lo mejor merezco dedicarlos más a lo personal.

– ¿Para entregarlos a las librerías, restaurantes y hoteles históricos de Nueva York y Londres?

– Les debo mucho a esas ciudades y me estoy dando cuenta ahora. He aprendido mucho más de mi oficio viendo allí a los grandes maestros que haciendo teatro.

– «Nunca digo a quién voto»

– ¿Desde la Administración Zapatero siente una aversión a la clase política que sigue sin superar?

– Nunca hablo de a quién voto ni con quién me acuerdo. No hace falta, pero por el comportamiento se puede saber cuál es la tendencia de cada uno. Y, sinceramente, no nos merecemos la clase política que hay. Empiezo a vislumbrar un poquito de esperanza, pero hay una clase política aún activa incapaz, ineficaz e inepta que me molesta mucho. Es el gobierno de los mediocres y los mediocres siempre hacen daño.

– ¿Teme que le ajusten cuentas?

– Bueno, alguna vez en la calle me han dicho 'ahí va ese pedante de mierda'. Me da igual. No es que esté por encima del bien y el mal. Yo he hablado bastante claro toda la vida. Con los 70 me he dado cuenta de que hay que decir las cosas y decir las sin miedo. Pero si es verdad que hay algo que me tiene preocupado. Estoy hablando con usted, pero al mismo tiempo siempre he defendido que el público debería conocer lo menos posible de los actores.

– ¿Por qué?

– Para que el público se crea el personaje, debe saber muy poco o casi nada del artista. Mi trabajo va a estar condicionado por quien lea esta entrevista y venga hoy al teatro.

– Sin ningún sentimiento independentista ni tampoco antisoberanista, ¿quiere ser independiente de casi todos?

– Yo he sido siempre independiente de casi todo. No he pertenecido nunca a ningún grupúsculo, ni siquiera dentro de mi profesión. Es una perogrullada, pero yo soy independiente hasta de mí mismo.

– ¿El teatro le ha ahorrado mucho dinero en psiquiatras?

– Totalmente. Cada vez que me meto dentro de un personaje me analizo y me descubro.

– ¿Se conoce bien?

– Muy bien, por eso mido cada palabra que le estoy diciendo.

– ¿Y se acepta?

– Me gusta. ¡Qué remedio!

– Encasillado como actor serio, ¿lo es también fuera del escenario?

– Las personas altas y que fruncimos el ceño damos más miedo, pero yo soy un niño grande de 195 centímetros, muy ingenuo y divertido.

– A diferencia de Sócrates, ¿nunca se dejó llevar por las emociones?

– ¡Uy! Una de las cosas que he notado haciéndome mayor es que lloro cada día viendo los telediaros. No sé si es dejarse llevar por las emociones o convertirse en un viejete sensiblero, pero no me pasaba antes.